

sición, ha caído. Hace poco ofrendó su vida ante Sebastopol uno de los dibujantes mejor dotados de la Compañía de Propaganda, *Ernst Kretschmann*. Kretschmann actuó en casi todos los campos de batalla; intervino en las luchas de Narvik, en la campaña de Francia, incluso en la acción victoriosa sobre Creta, y da una visión penetrante de estas páginas gloriosas de la historia de Alemania, caracterizándose sus obras por un dominio firme del pincel.

De esta suerte, la Exposición ofrece una imagen multiforme del soldado alemán, y revela al propio tiempo el espíritu de sacrificio del artista, que sabe también en la hora del peligro servir a la Patria con todas sus energías.

EL CENTENARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, EN FRANCIA ⁽¹⁾

La conmemoración de San Juan de la Cruz en su IV Centenario, no puede quedar reducida a un fasto nacional. En el patrimonio religioso y literario de la Humanidad entera han quedado inscritos para siempre el nombre del gran poeta místico, su figura, su gloria. Así, hoy, la misma Real Academia Española, al convocar un concurso para premiar al mejor trabajo sobre San Juan de la Cruz, no sólo invita por igual a españoles y extranjeros, sino que, en el enunciado del tema, no pide un estudio del poeta dentro de la *poesía mística española*, sino de la *poesía mística en España*. . . Y por esto, igualmente, un sentido de oportunidad, tan profundo como delicado, mueve hoy a la «Voz de Francia» a unirse al coro que festeja aquel Centenario.

Pero, como todavía caben matices dentro de lo ecuménico, a la Cultura, como a la Fe, le será siempre fuerza decir que «hay muchas

(1) La «Radiofusión Nacional» de Francia ha consagrado recientemente una sesión a celebrar el Centenario de nuestro gran místico San Juan de la Cruz. Fueron leídos en aquella dos textos, uno del poeta francés Paul Claudel y otro de don Eugenio d'Ors. Nos complacemos en insertar el trabajo de este último.

moradas en la casa del Padre». Es posible que, en alguno de los caracteres esenciales del mensaje de Juan de la Cruz, hállese notas que permitan precisar el juego de sus espirituales afinidades. Sin necesidad por ello de verter éste al estéril y tantas veces nocivo deporte, a que es costumbre, en los centros universitarios y académicos de nuestros días, dar el nombre de «literatura comparada».

Precisamente en el caso particular de San Juan de la Cruz, el comparatismo, con su habitual recurso a los datos superficiales y extrínsecos, ha dado en acumular, de un tiempo a esta parte, referencia a fuentes orientales. Y es claro que cabe siempre decir, y se ha dicho, que todo misticismo es oriental, y mientras el pensamiento occidental está siempre condenado a un enteco racionalismo. Pero, cuando se quiere huir de este tipo de síntesis demasiado perentorias y groseras, debe tomarse en cuenta la existencia de modificaciones de estilo, donde, por lo menos, se constata como posible cierta orientalización del racionalismo —la misma filosofía de Aristóteles fué de ello una prueba fehaciente—, o, recíprocamente, cierta tendencia a lo que llamaríamos racionalización o concreción figurativa del misticismo —de lo cual hay sendos ejemplos en el Areopagita, en Raimundo Lulio y tal vez, si bien se mira, en el propio San Juan de la Cruz—.

Por de pronto, no se tarda en advertir, en presencia de las alegaciones sobre posibles fuentes árabes en su teología, como las que el comparatismo viene aduciendo, que tales fuentes, en lugar de representar la tendencia semántica pura —constante principal a la cual se alude cuando de orientalismo se trata—, más bien son ecos de una especie de isla de occidentalismo prematuro, que constituyó la antigua Persia, en razón a sus orígenes arios, dentro del mundo oriental. Cuando, por no ir más lejos, es mencionada la semejanza que ofrecen la mística de San Juan de la Cruz y la mística de Al-gazen, y se nota en las dos la renuncia a los carismas —premios o recompensas placenteros que traen al místico las nupcias con Dios—, no debe olvidarse que el heroísmo combativo representado por dicha nota continúa, a través del mundo musulmán de la Edad Me-

dia y del mundo cristiano del Renacimiento, la vieja y dura tradición religiosa del Avesta y de Zaratustra.

Otro aspecto conviene considerar aún en la que llamaríamos filosofía de nuestro Santo. Obvio parece encontrar ciertamente en él resonancias del neoplatonismo alejandrino. Pero, no cabe tampoco desconocer cuántas veces semejantes resonancias, merced a la intervención de un pensamiento figurativo, del empleo de concreciones plásticas, particularizables, concretas y, para decirlo en forma expresiva, susceptibles de dibujo, regresan, en cierto modo, del neoplatonismo al platonismo puro. Un síntoma decisivo interviene en ello, cuya importancia estamos hoy mejor que nunca en condiciones de apreciar. Nos referimos al empleo de la imagería cristiana relativa a los espíritus puros, distintos de la Divinidad; quiere decir, a los Angeles.

Así como el misticismo oriental, fiel a la tendencia semítica estrecha, tan suspicaz siempre respecto de cuanto envuelva peligro de adoración plural o idolatría, tiende fuertemente a aislar las nupcias espirituales de Dios y el alma sublimada, el platonismo recurre de buena gana a otras entidades, siquiera en guisa de intermediarios o mensajeros. Dionisio Areopagita, por ejemplo, es el explorador de la jerarquía celeste. Raimundo Lulio escribe un tratado especial sobre los Angeles. Juan de la Cruz, aunque parezca rechazar, en algunos de los ápices de su deliquio a tales entidades intermedias, aunque le diga a Dios

No quieras enviarme

De hoy más ya mensajero

Que no saben decirme lo que quiero...

no deja por esto de cantar el daño grande de los Angeles que se gozaron de sus gracias naturales; la iluminación por Dios de los Angeles, esclareciéndolos y encendiéndolos de amor, ni de decirnos que éstos llevan nuestras oraciones y gemidos a Dios y nos traen santas inspiraciones; de llamarles pastores del alma y flores del cielo, de manifestar la alegría que su intervención trae al alma enamo-

rada. Ningún elemento, por decirlo así, búdico; ninguna apetencia nirvánica, ningún silencio impuesto a los seres y al ambiente naturaleza, en esta poesía, cuyo barroquismo es sólo incipiente y ni siquiera llega a la corrosión de lo exterior que alcanzaron antes que ella otros místicos del Norte.

Es más: los elementos de paisaje que entran en la poesía de San Juan de la Cruz, ni siquiera tienen la turbulencia, la embriaguez pánica, el naturalismo campestre, que no había de tardar a adquirir la poesía en general, por obra de los verdaderos poetas barrocos, un Marino en Italia, un Góngora en España. Aquí estamos todavía en presencia de un paisaje clásico y —por las desventajas que fatalmente corresponden a ciertas ventajas— convencional. La musical sugerencia penumbrosa que se muestra en algunas de las composiciones poéticas del Santo, como aquella famosísima de la rima blanca en

*Yo soy aquella fuente que mana y corre
Aunque es de noche...*

representan un momento excepcional, al cual responde la sobriedad general de paisajes no diferentes, en suma, a los de los más académicos y arcaicos escritores pastoriles.

Decisivo nos parece, para esta demostración del relativo occidentalismo de poesía tan conmovedora, el estilo con que en ella se muestra, no el paisaje, sino el amor. Hasta cuando el poeta parafrasea el «Cantar de los Cantares», advertimos cómo, al naturalismo crudo que tienen en el texto sagrado los gemidos y arrobos de la Sulamita, reemplaza una manera, por decirlo así, galante, caballeresca, que hace de San Juan de la Cruz, mejor que un epígono de los poetas eróticos orientales, el continuador de una tradición platónica, florecida en las cortes caballerescas de Provenza y en la producción de sus trovadores y centrada en las dos concepciones matrices del *Amour crortois* y de la *Merci* o *Piedad* de la dama —que no es ya, simplemente, la criatura femenina, la sometida amante—, sino una especie de soberana, guarnecida por todas las superioridades,

a veces por alguna de las crueldades, de la realeza. Tradición provenzal primero; italiana y petrarquizante, monogámica de inspiración, rueda, la de este estilo de amor, a través de infinitos poetas trovadores y sus elevaciones y sus limitaciones tuercen, en San Juan de la Cruz, la lección del sacro modelo, donde la amante se muestra tan humildemente y hasta bajamente extasiada, tan olvidadiza en el amor de toda forma de honor, hasta llegar al consabido extremo de ofrecer a su propia hermana. No: la Sulamita de nuestro poeta, en medio de sus más rendidos deliquios, es una dama aún.

Y este aspecto de su enamorada feminidad es ciertamente una de las notas que, en su parangón con el «Cantar de los Oantares», representa aquí, no sólo el tiempo transcurrido entre estos dos monumentos literarios, sino la intervención de aquella tendencia trovadoresca, continuadora del platonismo y que, por lo que tiene, históricamente, de francesa, constituye una razón más para que, en el universal concierto, celebración del Centenario de la gloria española, no falte hoy la de los pensadores y poetas que en esta emisión nos acompañan.

